

Memoria

Homenaje a
Juan Guillermo Pérez Rojas
(1968 - 2021)

ISBN 1692-0368

ISBN-E 2744-9521



No. 51



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

**Homenaje a
Juan Guillermo Pérez Rojas
(1968-2021)**



Juan Guillermo Pérez Rojas

Foto: archivo ITM

**Homenaje a
Juan Guillermo Pérez Rojas
(1968-2021)**

Memoria

Número 51, septiembre de 2022

MEMORIA recoge textos polémicos a través de conferencias y ponencias, sobre personajes y hechos que han marcado un hito en el transcurso de la historia.

ISSN 1692-0368 (impreso)

ISSN-e 2744-9521 (digital)

© INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

Rector

Alejandro Villa Gómez

Directora

Juliana Cardona Quiros

Profesional universitario

Sebastián Vásquez Moreno

Corrección de estilo

Martha Cecilia Caballero Jerez

Diseño y diagramación

Mauricio Raigosa Álvarez

Impresión

Departamento de Comunicaciones y Publicaciones ITM

FONDO EDITORIAL ITM

Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural

Homenaje a Juan Guillermo Pérez Rojas, (1968-2021) – Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano,
Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural, 2022.
67 páginas – (Memoria N. ° 51, septiembre 2022).

ISSN 1692-0368 | ISSN-e 2744-9521

1. Pérez Rojas, Juan Guillermo, 1968-2021. 2. Homenajes I. Instituto Tecnológico Metropolitano. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural II. Serie

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

Calle 73 No. 76^a-354 Medellín-Colombia
(574) 4405246 – 4405298
E-mail: fondoeditorial@itm.edu.co
www.itm.edu.co

Les confieso que hoy siento la emoción del que empieza un proyecto ilusionante y la responsabilidad del que entiende la gestión universitaria como un servicio público a los ciudadanos.

Juan Guillermo Pérez Rojas
Toma de juramento como rector del ITM

CONTENIDO

Presentación	9
<i>Sebastián Vásquez Moreno</i>	
Prólogo.....	12
<i>Alejandro Villa Gómez</i>	
Cartas	
1. Doy gracias a Dios.....	20
<i>Janeth Patricia Cardona Franco, esposa</i>	
2. Aún te veo.....	22
<i>María José Pérez Cardona, hija</i>	
3. Con ese tono amable	24
<i>Gladys Cristina Pérez Rojas, hermana</i>	
4. Qué extrañas son las partidas	26
<i>María Paula Pérez Preciado, sobrina</i>	
5. Si alguien va a permanecer	27
<i>César Augusto Pérez Rojas, hermano</i>	
6. Siempre que pienso en ti	33
<i>Juan David Pérez Preciado, sobrino</i>	
7. La felicidad de haberlo conocido	34
<i>Mario Chica Pérez, primo</i>	
8. ¡Cómo te echo de menos!.....	36
<i>Gloria Pilar Arango Villa, amiga</i>	
9. Cuando me acuerdo.....	39
<i>Juan Carlos Rodas Montoya, amigo</i>	

10. Conocí a Juan Guillermo	41
<i>Carlos Alberto Builes Tobón, amigo de la infancia</i>	

Discursos

Discurso de la celebración de los 30 años del ITM como institución de educación superior	54
<i>Juan Guillermo Pérez Rojas</i>	

Discurso de la ceremonia de graduación de estudiantes del ITM	60
<i>Juan Guillermo Pérez Rojas</i>	

PRESENTACIÓN

«Somos un proyecto social que transforma vidas»

Así, con un potencial inmenso de transformación, entendía al ITM Juan Guillermo Pérez Rojas, quien fue su rector por espacio de dos años hasta el 20 de septiembre de 2021 cuando se marchó inexorablemente –a los 53 años– dejando un profundo vacío entre sus familiares y comunidad académica de Medellín.

Juan Guillermo fue filósofo y magíster en Desarrollo de la Universidad Pontificia Bolivariana; director del Centro de Innovación del Maestro, Mova, donde trabajó por la formación de los docentes de la ciudad; también decano, director, coordinador, docente y asesor en diferentes facultades y programas de la UPB.

Durante su trayectoria académica dejó una interesante huella de producciones investigativas y pedagógicas en libros y artículos acerca de los temas de su formación y experiencia.

Precisamente, el reconocimiento en la comunidad académica de la ciudad, más específicamente en el área de las ciencias sociales y de la educación, se forjó con publicaciones como *La transdisciplinariedad, una estrategia para la educación superior*; *Formación en investigación desde los currículos integrados*; *Barrancabermeja: ciudad educada para educar. Modelo educativo integral*;

Ética como fundamento de la praxis política; y La investigación educativa y pedagógica como saber hacer con el conocimiento.

El ITM conoció de su responsabilidad, servicio, diplomacia y gran humanidad, cualidades que le valieron una importante recordación entre toda la comunidad académica y en aquellos que lo conocieron de cerca.

Sus palabras seguirán siendo una bitácora para la Institución: «El ITM es más que una Institución Universitaria, somos un proyecto social que transforma vidas y que responde a las necesidades de la humanidad con dignidad y solidaridad. Nos debemos a Medellín y a sus causas, lideramos la transformación educativa y aportamos de una manera decidida con investigación, innovación y tecnología en una ciudad que abandera la cuarta revolución industrial»

Con su liderazgo enfatizó la importancia del educador en los actuales entornos académicos. Y fue claro en que su papel era una tarea en constante evolución que requería vocación y entrega: «La educación es un acto de esperanza, es una utopía social; los educadores somos permanentes soñadores, utópicos, románticos, creemos que el ser humano se puede formar y se puede transformar para que sea mejor cada vez, para que desarrolle todas sus capacidades humanas y competencias y ayude a construir la sociedad; por eso nuestro trabajo como educadores nunca termina».

Apuestas en educación para el trabajo y desarrollo humano, programas de talento especializado, posicionamiento del ITM en el *ranking* de las mejores universidades de América Latina y el impulso de proyectos de transformación educativa en investigación, innovación y tecnología en el marco de la cuarta revolución industrial hacen parte del legado de Juan Guillermo Pérez Rojas a esta institución.

«Lo que hacemos es encender fuegos, encender llamas que perduren para su vida y es precisamente esa llama del conocimiento, de la solidaridad y del compromiso social lo que hemos querido infundir desde el ITM para todos ustedes», expresó en un acto público.

Memoria, nuestra publicación seriada, está completamente dedicada al legado de Juan Guillermo Pérez Rojas. Tratamos de abordar su perfil más humano con las palabras de sus familiares y amigos, y perfilamos el impacto de sus enseñanzas a toda la comunidad académica, valiéndonos de la semblanza que de él hace el actual rector y de dos de sus más recordados discursos.

Sebastián Vásquez Moreno

Profesional Universitario

Fondo Editorial ITM

PRÓLOGO

Juan Guillermo Pérez Rojas o la educación como un acto de esperanza

La escala al cielo por la que él se escapó de la muerte.
Como sonámbulo bajó nuevamente a la tierra.

Elías Canetti

Libro de los muertos

Hace un año sonó el teléfono celular. Era la una y treinta y cinco de la mañana. Me había quedado dormido en la sala leyendo algunos pasajes de las memorias de John Barleycorn, el curioso apodo con que Jack London se referiría al licor. Ese fin de semana estábamos en una finca cercana a Girardota celebrando el cumpleaños de Marcela Omaña, nuestra vicerrectora. Juan Guillermo no pudo acompañarnos.

Juan había estado indispuerto. Ese 17 de septiembre, durante el acto de celebración de los 30 años de vida del Instituto Tecnológico Metropolitano, nos regaló, como siempre, palabras sobre el valor histórico del ITM para la ciudad, los logros en estos años, su concepción sobre la educación y formación para nuestros jóvenes; la vocación

tecnológica y la proyección de su *Plan de Desarrollo ITM a otro nivel*; sus retos y sus significativas enseñanzas.

Esa madrugada recuerdo la voz de *Aristi*, el conductor de Juan Guillermo, anunciándome lo que no esperaba. Llorando, intentaba decirme lo que yo no quería escuchar y que llorando tampoco quería aceptar. Eso es la muerte.

«Vivo con todos aquellos que se me han muerto», dice Canetti. Por esta razón, cuando en comunidad nos encontramos en el Centro Cultural Fraternidad para despedirlo, me prometí algo que puede parecer sencillo: nunca olvidarlo. Y digo que puede parecer sencillo, porque a mi edad ya he olvidado a muchos que, según me cuentan, siguen vivos, que son como aquellos lugares en los que me dicen que he estado, pero que nunca he habitado y, por eso, no los recuerdo. Porque solo recuerdo a los que amo o allí donde habito. Prometí ese día no olvidarlo, nombrarlo sin idolatría, evocarlo como amigo y exrector, como profesor y jefe; recordarlo como a un gran maestro con su risa, no con mi llanto; con sus mensajes y enseñanzas, con nuestros tropiezos tan comunes. Ese mismo día, durante su despedida en Fraternidad, dije que la eternidad es otra forma en la que Juan podría permanecer entre nosotros. Por eso escribo sobre él, por eso no lo puedo olvidar. Todos los días me lo encuentro en una frase, en una historia, en una anécdota; cada día lo saludo en una reunión con directores, rectores y exrectores, con empresarios, profesores y amigos que lo conocieron y que me dan testimonio de su inteligencia, de su capacidad de convocar, de su humildad. Esa es otra manera de estar vivo, esa es la eternidad.

Quiero destacar aquí apenas uno de los elementos esenciales de la reflexión educativa y del pensamiento filosófico de Juan Guillermo con relación a la educación superior y al ITM. Tal principio da título a este breve escrito: «La educación es un acto de esperanza».

Se lo escuché a Juan en uno de los ritos de finalización de nuestra vida en la academia. No olvido la frase ni su tono ni ese momento. En aquella ceremonia de graduación, no era la idea de esperanza religiosa de la que estaba hablando. Su idea estaba más próxima a la de esperanza del hombre despierto de Aristóteles. Ya entonces yo aceptaba esa ruta y la comparto desde entonces: la educación debe despertar al otro, pero también le debe permitir encontrar oportunidades, ser creativo, hacer ciencia, cambiar algo de sí para cambiar un poco este mundo. Juan Guillermo fue portador de mensajes de esperanza en la educación, administró el ITM con ideales responsables, con muchos sueños, y siempre dejándonos entre líneas ese *hombre despierto*. No es en los sueños de la noche, que se disipan en el cansancio o en el insomnio, es en las acciones del día donde habita la esperanza. La esperanza también está del lado de la ética y de la verdad.

Recuerdo también su saludo a la comunidad académica del ITM en enero de 2020, y su invitación para declarar ese año como el de las *conversaciones auténticas*. Solo es posible una educación esperanzadora con acciones de planeación que estén precedidas de conversaciones auténticas. En la conversación auténtica habita la magia y se condena el olvido. En la conversación auténtica *hablamos* en clase, *aprendemos* en los laboratorios, *descubrimos* el aprendizaje. No se dicta clase, se conversa sobre un saber común en un aula, en la cafetería, en una sala de reuniones. La conversación auténtica nos salva del tedio y, muchas veces, de la mentira que alimenta el ego. La academia no es formación, ciencia ni tecnología sin autenticidad. Ahí estaba la provocación de un maestro invitándonos a pensar lo correcto para hacer lo justo.

Así fui conociendo mejor a mi jefe, a mi amigo, al profesor, al investigador, al rector; así fui reconociendo a un portador de mensajes de esperanza para la educación; así lo veo aún

hoy en muchos de ustedes, en la oficina que no era la suya ni es hoy la mía, sino donde se gesta un servicio público, el deber y el derecho de la educación superior. Las oficinas públicas y oficiales no tienen propietario, tienen servidores para atender al otro, para conversar con el otro, para ofrecerle esperanza a ese otro. Así fue Juan Guillermo y de esa manera lo he recordado este año.

De igual manera, con su muerte confirmo, nuevamente, una magnífica sentencia de Canetti:

«Me niego a ir donde mis antepasados en silencio. Pero si no se me concede la tranquilidad que necesito para eso, siempre puedo dedicar, pase lo que pase, una o dos horas diarias a la muerte. Si nunca dejo de anotar lo que se me ocurre en esas horas, irá surgiendo espontáneamente el libro por el que en realidad he vivido».

Mantengo el propósito de recordarlo en cada palabra que pronuncio o escribo sobre él, en cada conversación o en cada recuerdo que nos motiva a seguir construyendo educación bajo su lema de «La educación es un acto de esperanza».

Un año después lo sigo recordando, porque, como reitera Canetti «Él deja las palabras en reposo un año entero».

Aquí sigo en reposo, cumpliendo la promesa.

Alejandro Villa Gómez
Rector ITM



Janeth Patricia, Juan Guillermo y María José

Foto: archivo familiar

CARTAS

Un nuevo ángel hoy me cuida
porque Dios así lo quiso.
Ahora sigue tu camino
que, tal vez, en otra vida
nos volvamos a encontrar.

Ángel Melo

Ante el dolor de la inesperada partida de Juan Guillermo, su esposa Janeth y su hija María José, su familia y algunos amigos cercanos quisieron dedicarle unas palabras, a modo de homenaje, expresando todo lo que representó para ellos y lo que atesorarán de él como un legado cercano y personal.

Memoria recoge estas palabras que quedaron plasmadas en cartas escritas desde el corazón.

Juan Guillermo :

Atravéz de este pasaje
de recuerdos quiero
expresarte nuevamente
El Amor y La dedicación
que siempre me haz
inspirado.

Tenlo siempre en tu
memoria : Como

" Nuestros años Maravillosos "

Mamá.

29-04-96

MEDELLÍN
(SEPTIEMBRE DE 2021 – AGOSTO DE 2022)

1

Janeth Patricia Cardona Franco,
esposa

Mi querido Juan:

Doy gracias a Dios todos los días por ser la mujer más afortunada del mundo, por haber compartido mi vida durante 29 años con el hombre más humano, amoroso, tierno, cómplice, inteligente, sereno, respetuoso, con una sonrisa sincera y discreta, a quien amé y seguiré amando por siempre hasta que nos volvamos a encontrar en otro espacio, en otra dimensión; ese era mi Juan o, mejor dicho, *papá*, como le decía.

Cuando me pediste que me casara contigo me dijiste: «No pude hablar con mi hermano para tomar esta decisión, pero aquí estoy para pedirte que compartas el resto de tu vida conmigo»; fue justo el día de mi cumpleaños y decirte sí fue mi mejor decisión. Tu teoría era «el matrimonio es una lotería y uno sabe el número que va a ganar». Siempre me escribías notas, confirmándome y recordándome lo mucho que me amabas, sin necesidad de ser una fecha especial; para ti todos los días eran especiales.

Cuando supimos que estábamos embarazados, te pusiste las manos en la cabeza y dijiste: «¿Sí seremos capaces?» y lo logramos. María José es el regalo más hermoso e invaluable que la vida nos dio; tiene tu mismo buen humor, negro a veces, además de ser físicamente muy parecida, inteligente

y con el goce de la vida, respetuosa y buena conversadora, especialmente cuando estaba contigo. Me quedo corta hablando de ella.

Papá, siempre fuiste amante de los asados, especialmente para convocar a la familia y amigos que estuvieron dispuestos a compartir tu buen humor, a escuchar tus chistes crueles, pero muy finos, a contar anécdotas de pequeños y de grandes, ni se diga. En ocasiones nos reuníamos los tres en el balcón del apartamento y la pasábamos súper.

Eras tú quien planeaba los paseos de vacaciones porque no te gustaba quedarte en casa; claro está, casi siempre buscabas que fuera al mar. Te gozaste la vida hasta el último momento y yo ahí, siempre dispuesta a disfrutar contigo y con María José cada momento.

Ahora vivo con tus hermosos recuerdos, deseando en cada momento volverte a ver, aunque en cada espacio siento tu presencia y tu amor que no termina.

Tu esposa que te ama.

2

María José Pérez Cardona, hija

Querido papá:

Aún te veo en el amargo del café de la mañana
que disfrutábamos juntos antes de empezar el día,
en la melodía de tu canción favorita
que suena cuando menos la espero;
en el dulce infaltable después de almorzar.
En el maullido de Mango cuando le pregunto cómo está.

Aún te veo en la esperanza de quienes luchan por estudiar
y tener un futuro diferente;
en el brillo de los ojos de las personas cuando hablan de ti;
en la infinidad de tus enormes ideas
en pequeños papelitos por todas partes;
en esas muestras desinteresadas de cariño
de todos los amigos que en el camino hiciste.

Te veo en los escritos de filosofía que aún no entiendo,
en las historias que quedamos sin contarnos,
en el silencio de los domingos de luna llena,
y espero algún día volver a verte.



Juan Guillermo y María José

Foto: cortesía archivo familiar

3

Gladys Cristina Pérez Rojas,
hermana

Querido hermano:

Con ese tono amable y tranquilo que siempre tenías, te llamé para preguntarte cómo seguías y me contestaste: «Nooo, no te preocupés por mí que yo voy a estar muy bien». Y pocas horas después recibí la noticia de tu fallecimiento. Típico de ti: que nadie se preocupara; te encargabas de las cosas de cada uno de nosotros.

Durante el día entero llegan a mi mente mil recuerdos tuyos, tus palabras acompañadas siempre de gestos amables, esas frases llenas de sabiduría, tus gestos y expresiones que buscaban darle a cada momento un toque de humor fino.

«¡No te preocupés! Busquemos la solución», solías repetirnos a cada una de las preocupaciones que, conchudamente, te transmitíamos las personas que estábamos a tu alrededor. Nunca dejaste de escuchar, nunca dejaste nada por resolver, nunca dejaste algo para después; tus tiempos siempre fueron tan exactos que para todo alcanzaban; el orden y disciplina en cada cosa que desarrollabas te permitieron ser el gestor de mil ideas, la solución de mil problemas, la compañía en los momentos de tristeza, la compinchería silenciosa de mil travesuras.

Si no se han dado cuenta, este es un escrito lleno de adjetivos que califican a un ser que, con todos los errores que como humano pudo cometer a lo largo de su camino, para mí es uno de los grandes que Dios me regaló, el tiempo

suficiente o no, pero que me enseñó a tener esa fuerza y valentía para enfrentar, ahora sola, las cosas que por muchos años con su buen consejo y de su mano enfrenté.

Un día, una persona que no conocía, pero que sí conoció a Juan, brindándome consuelo me dijo: «Se fueron al cielo dos pilares fundamentales de tu familia, pero quedan en sus vidas las formas maravillosas como les enseñaron a vivir».

A mi hermanito amado, a mi maestro incansable, al soñador sin fronteras, a mi amigo, mi oración y amor eterno e inolvidable.

¡Gracias, gracias!

Tu hermana Cristi.

4

María Paula Pérez Preciado, sobrina

Tío Juan:

Qué extrañas son las partidas de quienes tenemos la sensación de que aún tienen mucho por hacer. Muchos podrían decir qué es *partir pronto* y muchos otros podrían hacer juicios sobre quién *ya se tiene que ir* porque ya fue suficiente, como si fuésemos jueces de la vida y de la muerte y pudiéramos llegar a conclusiones sobre si la vida tuviera mucho que dar o, por el contrario, ya estuviera acabada. Lo único cierto es que sobre la vida no decidimos.

Marco Aurelio escribía en sus meditaciones: «Aunque debieras vivir tres mil años y aún diez veces otros tantos, acuérdate siempre de que no se pierde otra vida que la que se vive y que solo se vive la que se pierde. Así la más larga vida y la más corta vienen a reducirse a lo mismo». Seguramente tres mil años y aún diez veces otros tantos junto al tío Juan no nos habrían parecido suficientes. Por ahora, todos nosotros que nos quedamos acá te extrañamos mucho, te recordamos en las pequeñas y grandes cosas, en todas las alegres y chistosas. Como buen profesor, transformabas a las personas que estaban en tu camino. Yo, una de tantas, aprendí de ti a vivir la vida con intensidad. No hay tiempo que perder y hay mucho por hacer y por disfrutar.

María Paula, tu sobrina favorita.

5

César Augusto Pérez Rojas, hermano

Hermano:

Si alguien va a permanecer en la memoria social, pero en el consciente colectivo, es necesario que haya hecho algo importante en su vida para ser recordado. La noticia de tu muerte me llegó por teléfono a las 2 a. m. cuando tu hija, mi adorada sobrina María José, me llamó con una voz impasible, demasiado para el momento, a decirme que su papá había fallecido. Es natural pensar que con la muerte termina todo para una persona, pero no resultó así, porque tú, Juan, ya habías construido una memoria lo suficientemente importante como para que la gran sociedad académica colombiana entendiera tu movimiento dialéctico en favor de la enseñanza y por la que te encauzaste prácticamente toda tu vida.

Y fue tan fuerte tu legado práctico que aun hoy podríamos seguir sintiendo tu presencia en la cotidianidad. Esto nos ha pasado a aquellos que te tuvimos cerca. Digámoslo de nuevo y esta vez ayudados de Platón, cuando afirmaba que lo que es eterno es inmutable, no cambia, no se modifica porque la esencia no se transforma. Es decir, tu ausencia física no nos impide escuchar lo que en el día a día solías decir, como, por ejemplo, las instrucciones de vida que hacías a todos tus compañeros y familiares, las constantes recomendaciones simples y complejas, tus aprendizajes, tus correcciones para que nuestro actuar volviera al rumbo, tus consejos. Tus palabras permanecen, incluso algunas están escritas porque representan pensamientos, orientaciones, conocimientos y,

más importante, proyectos de lo que podría ser una sociedad que enseña y que aprende.

Sigamos hablando de lo cotidiano. Cuando saludabas, lo primero que expresabas era una sonrisa para recibirnos como un buen anfitrión, donde estuvieras. Con ello, entendíamos tu gran humanidad y capacidad de acogernos. Así empezaba todo con tu encuentro. Luego, era importante escucharte porque sabíamos lo que venía después, una palabra precisa y adecuada, siempre amable y conciliadora. Cultivaste proclamar discursos sin ser político de oficio; practicaste invariablemente hablar con el talante de estudiante, habiéndolo vivido, pero siendo docente y comunicador de saberes desde muy temprano en la vida; conviviste como compañero, pero siendo un jefe sin divisa; y aprendiste a ser amigo, siendo padre, esposo, hermano e hijo. Práctica de todos los días, característica de tu espontaneidad.

Por eso, este texto que comparto para su amada comunidad académica, que conoce mejor que nadie su pensamiento, tiene que manifestar lo que dejaste para la enseñanza y el aprendizaje. Juan, tú entendiste desde tu prístina labor como docente que la enseñanza debe construirse desde los profundos conceptos de Turgot, con la comprensión de que enseñar es un ejemplo de lo que aprendimos; que es un proceso de desarrollo humano en el perfeccionamiento para cambiar y adaptar al ser humano hacia su integridad, como lo entendió Piaget; que es el arma para cambiar el mundo, como lo pensaba Mandela; y otros tantos pensamientos que siempre nos compartiste, como los de Gadamer, Jaspers, Freire, Kant, filósofos, psicólogos, educadores, politólogos, en fin. Todo esto es para contarles que tú, Juan, siempre compartiste sin necesidad de ostentoso orgullo erudito, sino de conocimiento referente a todo lo que sabías, lo que te daba vueltas en la cabeza constantemente: la educación, sus métodos y maneras de hacerla práctica en su entorno. Siempre lograste hacernos

saber que la enseñanza y la academia son el único camino del verdadero desarrollo humano y social, que educar permite desarrollar una sociedad efectiva donde moren los reales derechos humanos, se restablezcan las igualdades sociales y donde se entienda que las crisis, como nuestros conflictos nacionales, tienen solución desde la comunidad educativa, única capaz de ser reflexiva y resolutive.

Tu recorrido profesional en tu amada Medellín y en las regiones apartadas y necesitadas, te dio la condición de conocer muchas realidades sociales que asumiste como responsabilidad tuya y que transferiste como la base de tu filosofía sobre una noción de educación que hace falta seguir desarrollando. Me refiero a la educación como el camino para el cambio social. Siempre y sin pausa pensaste que los procesos de enseñanza y aprendizaje contribuyen de manera efectiva a la transformación de una sociedad desigual, que se evidencia en nuestro medio como belicosa y conflictivamente violenta, colectividad colombiana y especialmente paisa que ilusiona a muchos por caminos hacia la ilegalidad, nación que anhela la paz, pero sin encontrar el camino hacia su declaración. Este movimiento revolucionario estaba en tus frases, siempre enfocadas a la «transformación social que transforma vidas». Estoy seguro de que esta ambición seguirá porque se ha transmitido a quienes tienen ahora la bandera que comenzaste a enfocar en tu entorno.

Emocionalmente tengo la responsabilidad, ante toda la familia y amigos cercanos, de recordarte como el hombre que siempre tuvo en mente y corazón a todos sus seres queridos. Porque, aunque la preocupación del día a día era constante, siempre tuviste especial sensibilidad por cada familia, amigos y cercanos, sobre todo, cuando algunos expresábamos preocupación grande o pequeña por la cruz que es nuestra obligación cargar. No obstante, siempre te ofreciste a cargar un rato la cruz de los demás. Recuerdo

que el día que despedimos a mamá, que partió primero en este lado de la familia, con tristeza en tu ánimo, pero con alegres anécdotas fuiste el primero en recordar que ella tenía la capacidad incansable de ayudar a los demás. Esta misma sensibilidad te fue heredada, sobre todo cuando alguien se acercaba con la necesidad de que lo oyeras y con la esperanza de que lo ayudarás. Entonces, como si el corazón se te arrugara, buscabas la manera de incluirlo en tu proyecto de vida, en tu camino de ayuda, en la difusión del desvarío del dolor ajeno para recortar de a poco los dolores próximos. Esta humanidad, estoy seguro, se reflejó en el resto de tus actividades cotidianas, que tus compañeros más cercanos advirtieron esta prontitud que fue sigilosa y de práctica muy discreta. Por eso mismo no todos saben de esta capacidad de sensibilidad que tenías. Lo importante ahora, es que Dios sí lo supo todo el tiempo y te lo tiene recompensado.

Cuando éramos chicos, en la escuela nos decían que un hombre (o una mujer) tenía que hacer tres cosas en su vida antes de morir: sembrar un árbol, escribir un libro y tener un hijo. Estos son los objetivos de un ser humano mediocre, porque probablemente se podrían alcanzar fácilmente, comparado con lo que hiciste, a pesar de tu temprana partida. Sin ánimo de hacer una exégesis a estas frases populares de mi niñez, sé que sembrar un árbol tiene que ver con una responsabilidad ecológica, cuando aún no se hablaba del cambio climático. Escribir un libro para la época significaba más que compilar saberes o ser literatos, recolectar memorias, sobre todo si estas eran coloquiales y servían para el chascarrillo del que se atreviera a leerlo. Y tener un hijo puede ser la manera de asegurar la posteridad y proponerles a las generaciones venideras un legado de seres humanos por lo menos útiles.

Tu caso fue distinto, pues tus escritos siempre tendieron a analizar los problemas sociales de la educación y con visión resolutive de la realidad en crisis, con un énfasis muy importante: lograr llevar la educación a las áreas del Estado que más lo necesitaban. No sé si sembraste un árbol, pero fui testigo de que tu discurso, discusiones y expresiones públicas y privadas por una ecología responsable, reparadora y sustentable fueron tan profundos como tu cuidado por la naturaleza y los recursos. Más allá de esos tres objetivos de la educación de antaño, dejaste determinados muchos métodos, procedimientos y procesos en torno a la educación 4.0 para que la sociedad académica sobresaliera en el medio y fuera inclusiva para los sectores que más lo necesitan. Mucho más que sembrar un árbol o escribir un libro.

Si Feuerbach decía que «las verdades más simples son aquellas a las que, precisamente, se llega más tarde» es porque no conoció la practicidad de la vida de Juan para su tiempo. Porque tú sí supiste, por medio de la simpleza, conocer lo esencial de la vida y apuntarle a trabajar por ello para que el mundo fuera mejor. Con esta frase quiero terminar, agradeciendo a Dios por tu vida que nos dio mucho y nos dejó en tinta imborrable lo que hiciste y dijiste. Tengo mucho que aprender en lo que me queda de vida, sobre todo sabiendo que la situación en la que entregaste la tuya, es decir, tempranamente para mi gusto, dejó una sonrisa en mi cara cada vez que te recuerdo. Estoy seguro de que toda la familia y amigos cercanos conservamos un grato recuerdo del hombre más bajito en estatura, pero más grande en logros muy humanos, tanto que gastaste tu corazón para que tu vida se viera reflejada en entrega total.

César Augusto



Foto: cortesía archivo familiar

6

Juan David Pérez Preciado, sobrino

Tío Juan:

Siempre que pienso en ti —y ocurre muchas veces al día— sale una sonrisa de mis labios. Te recuerdo y te tengo presente como una persona de admirar, muy sabio, que hacías fácil de entender lo complicado. Fuiste la persona que me aclaró dudas sobre el enfoque de mis estudios y me hizo reflexionar para elegir correctamente mi camino académico.

Enseñar estaba en tu esencia, tan simple que hasta te le medías a enseñarnos a bailar, aunque en esta parte no fuiste tan exitoso, pero nos divertimos en el intento.

Siempre estarás en mi corazón y te extraño; ya no es lo mismo ir a Medellín sin ti.

Juan David

Mario Chica Pérez,
primo

Amigo:

La felicidad de haberlo conocido y de escribir sobre mi amigo embargan mi alma de un gran sentimiento porque era de esas personas que se conocen una vez en la vida y marcan una huella tan profunda e indeleble que son imposibles de olvidar.

El Juan que a mí me tocó no era el doctor que seguramente conociste como rector. Juan era el amigo, el hermano, el parcerero en su más linda expresión; no era sencillo, él era la sencillez en pasta, alegre, divertido, culto, responsable hasta el mínimo detalle; supo a qué había venido porque para él toda persona que llega a nuestras vidas viene a enseñarnos algo. Y así lo hizo: me enseñó que somos más espíritu que materia, que vale más la honradez que mil fortunas, que ver las estrellas en la calidez de la familia es más gratificante que cualquier logro material, que conversar con sinceridad es lo más ameno, que la vida es sencilla, undívaga y azul como el mar.

Juan y yo nunca estuvimos solos; por la forma como abrazó a su familia nos mantenía en perfecta unión. Invadidos de amor y de alegría, nunca nos faltó el chiste; nunca nos perdimos el mínimo detalle que nos hacía reír y siempre —él más que yo— fabricó caricias doradas.

Siempre tuvo el tino, la actitud, la palabra para reconciliar, para mejorar lo mejorado, para amar a todo el mundo con su sencilla forma de vivir y actuar. Siempre el dar fue muchísimo más para él que el recibir, pues nunca necesitó nada; era un líder natural.

Pero no todo fue color de rosa: lo descomponía su Nacional cuando no jugaba bien; a su selección Colombia, más que en la camiseta, la llevaba en el corazón y fueron muchos los aguardienticos que nos tomamos con su sobrino-hijo cuando no ganaba. Lástima que Cristiano Ronaldo, Messi y Neymar no fueran colombianos para que se hubiera llevado grandes satisfacciones.

En resumidas cuentas, me hizo feliz porque él era feliz; aprendí a amar porque él amó con suficiencia a sus padres, a sus hermanos, a su señora y, sobre todo, a su hija: amor protector y contemplativo.

Juan seguirá siendo el mismo, la misma estrella que nos guio, que nos alumbró el sendero. Seguirá oyendo mis bobadas para reírse o para abrazarme fraternalmente pidiéndome con cariño que mejore mis chistes.

Eso es lo que pensé, pienso y seguiré sintiendo por vos, mi amigo del alma, porque para saber cómo es lo soledad basta ver que tú, mi amigo, no estás.

Mario

8

Gloria Pilar Arango Villa,
amiga

Juanchito:

¡Cómo te echo de menos! Te adelantaste, pero confío en nuestro reencuentro.

Recuerdo con sumo cariño todo lo compartido, hasta que poco a poco nos fuimos distanciando porque cada uno tomó su camino; sin embargo, jamás perdimos la ocasión de saludarnos y disfrutar de las amenas conversaciones con las que nos poníamos al día.

Hubiese preferido decirte todo esto, quizás saboreando un café, y no escribirlo cuando ya no vives entre nosotros. Tu partida fue tan intempestiva. Dios tomó otra hermosa flor para su jardín y me alienta creer, con fe, que estás con el Amor de los amores. La vida nos permitió acompañarnos en nuestra juventud, cuando estábamos llenos de esperanzas, metas y sueños. Siento una gran alegría al recordar que compartimos todos los días la academia y ciertas travesuras; que llenábamos de risas la cafetería de la UPB cuando nos encontrábamos para pausas activas.

El ser solidario, comprensivo, buen consejero, caballeroso, responsable y con muy buen humor que conocí siguió siendo el mismo, y mucho más, en su adultez. Sentí tus logros académicos y laborales como míos; se me hinchaba el alma de alegría y orgullo al verte en los medios de comunicación y saber que eras mi amigo, un verdadero amigo, el que sabía cada palabra en cada momento.

Siempre me sentí muy afortunada de tenerte en mi vida, de haber hecho parte de tu formación universitaria inicial, de ser testigo de tu gran y único amor, esa mujer hermosa que

atrapó todo tu ser y con quien formaste un hermoso hogar, pues desde el principio me hiciste partícipe de los miles de estrellas que estabas sintiendo en tu corazón. Ahora no estás entre nosotros, pero sé que desde allá nos acompañas.

Te lo dije y te lo repito, amigo: mi admiración y cariño hacia ti van a seguir ocupando un gran lugar en mi corazón.

Gloria



Juan Guillermo y María José

Foto: cortesía archivo familiar

9

Juan Carlos Rodas Montoya, amigo

Cuando un amigo se va,
queda un espacio vacío
que no puede llenar
la llegada de otro amigo.

Alberto Cortés

Cuando me acuerdo de que ya no está con nosotros me da un dolor inmenso porque su ausencia ha significado mayores presencias, pero de otras maneras. La última vez que conversamos me dejó entrever, como ya lo había hecho en múltiples oportunidades, que sí había esperanzas para hacer grandes transformaciones en la educación para el bienestar de los estudiantes y para la calidad de los docentes. Se veía muy bien, como siempre, porque su serenidad era envidiable a pesar de que podría estar viviendo situaciones complejas en sus labores cotidianas como decano o como rector. Sus palabras eran alicientes para seguir, para soportar, para no cejar en el esfuerzo. Este dolor no tiene parangones porque su partida fue inesperada, repentina, asombrosamente repentina y, por eso, el dolor de su partida no se elabora de la noche a la mañana. Sus historias bien contadas, sus chistes enmarcados en la mejor narrativa, sus impecables clases de ética y su entusiasmo resuenan en mi alma como martillazos que se hacen eco en todas las dimensiones humanas.

Su relación amorosa con Janeth y con María José irrigan de ilusión y esperanza las relaciones humanas tan deterioradas por estas épocas. Ambas han seguido el camino sin él, pero con él; es decir, su imagen y recuerdo perdurarán porque hay seres humanos que se van, pero se quedan porque sus voces,

enseñanzas y decisiones trascienden el espacio físico. Juan Guillermo —casi que no lo escribo— no se ha marchado, lo escucho como amigo, como jefe, como maestro y, entre todas sus facetas, prefiero la de amigo, el que me brindó su amistad desinteresadamente, por quien me hice más fuerte gracias a sus honestas palabras. Cómplice de caminos y senderos por medio del fútbol, de la formación y de la escritura. Es difícil escribir sobre su humanidad, pero creo que es preciso decir que fue un acérrimo defensor de la dignidad humana. Se murió un digno, de los que quedan pocos.

Un abrazo de solidaridad para Janeth, para María José y para quienes lean estas líneas simples, si se quiere, pero con gran afecto.

Juan Carlos

10

Carlos Alberto Builes Tobón, amigo de la infancia

A mi amigo:

Conocí a Juan Guillermo y a su hermano César en el seminario de Valmaría de los padres eudistas en Bogotá. Eras hermanos muy sobresalientes en el liderazgo y también por su vena musical. Las grandes o pequeñas liturgias eran animadas por sus voces y guitarras, las cuales daban a la vida del seminario el calor de hogar que se añoraba.

Juan Guillermo y César eran del mismo barrio donde yo vivía: Villa Hermosa. Desde el principio hice una gran amistad con ambos y creo que ese cariño, a pesar de la distancia, se ha mantenido. Compartimos momentos de pastoral en los barrios populares de Bogotá y también amistades maravillosas en Usaquén.

Como es un homenaje a Juan Guillermo quiero resaltar que ambos tuvimos, no solo elementos en común, sino también un paralelo de vida en muchas cosas.

Después de haber terminado la filosofía nos retiramos del seminario y regresamos a la ciudad de Medellín donde finalizamos los estudios de Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana. La formación de los eudistas y nuestro paso por Bogotá habían dejado huella en nosotros, pues marcábamos diferencia en la facultad.

Algo que compartíamos fue que nos mantuvimos unidos en el contacto con los eudistas en la iglesia de San Miguel y juntos formamos el coro de la parroquia que se hacía presente en las grandes ceremonias de Pascua y Navidad. Todos hablaban de la capacidad de batuta de Juan Guillermo.

Yo tocaba el órgano y él la guitarra. Era un maestro en la música. Pulía las voces y dirigía el coro de manera magistral.

Ese recuerdo artístico y de capacidad de dirección de diferentes voces e instrumentos marcaba algo que un día había dicho Foucault: «Convertir la vida y la vida de otros en una obra de arte». Todo en *Juanguí* era armonioso y con estilo. Además, tenía un humor inglés y una sonrisa sonora que contagiaba.

Por último, deseo compartirles que aquella etapa de nuestras vidas —teníamos solo 20 años— marcó también nuestras rutas académica, intelectual y profesional. Juntos escribimos la tesina para podernos graduar. Nos gustaban mucho los maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud. Y por influencias de la profesora Leticia Bernal conocimos a Michel Foucault, a quien le dedicamos el estudio de nuestra tesina.

Un artista, músico y humanista es lo que quedó en mi memoria de mi amado amigo Juan Guillermo.

Tu amigo



Foto: cortesía archivo familiar.





Foto: archivo ITM.



Foto: archivo ITM.



Foto: archivo ITM.



Foto: archivo ITM.



Foto: archivo ITM.



Foto: archivo ITM.

DISCURSOS

Caminante, son tus huellas el camino y nada más.
Caminante, no hay camino: se hace camino al andar.
Al andar se hace camino y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar.

Joan Manuel Serrat

A continuación, *Memoria* recoge dos de los discursos más emocionales y asertivos que pronunció Juan Guillermo durante su gestión como rector del ITM y que quedarán en el recuerdo de quienes los escucharon y de quienes los leerán, como una reafirmación de su amor por la enseñanza y de su vocación de servicio.



Foto: archivo ITM.

1

Discurso de la celebración de los 30 años del ITM como institución de educación superior

Buenos días para todos:

Me alegra mucho tenerlos esta mañana compartiendo en esta casa de todos, la casa de Medellín que es nuestro ITM. Estoy muy contento de que celebren con nosotros estos 30 años como institución de educación superior.

Un saludo para nuestra secretaria de Educación que nos acompaña, a los concejales, a los amigos rectores que siempre nos han apoyado y acompañado en la tarea de la educación superior. Un saludo a nuestros consejos Directivo y Académico. También saludo con especial afecto a Agustín Gómez, primer rector del ITM ya en su carácter de institución de educación superior. Gracias, doctor Agustín, por acompañarnos. Un saludo también al doctor Juan David Palacio, del Área Metropolitana, quien ha dedicado parte de su tiempo para venir a esta solemne celebración. Y, por supuesto, a todos los amigos de esta casa, a nuestros estudiantes, profesores, egresados, empleados y todos los que sienten un afecto especial por el ITM.

Esta es una mañana de celebración y así queremos que se viva, pero una celebración tranquila y relajada, una celebración calurosa como este día, de tal manera que sintamos lo que el ITM ha sido a lo largo de todos estos años.

Podría hacer un discurso contando todos los hitos históricos del ITM en estos últimos 30 años, pero más bien pienso que esta ocasión amerita dar un horizonte de sentido a lo que ha sido y ha significado nuestra presencia como institución de educación superior en Medellín en 6 lustros, sin olvidar que, como institución de la ciudad, estamos cumpliendo 77 años de existencia. Quiero poner como marco de este horizonte de sentido la palabra *futuro* porque, sin duda, Medellín y el ITM han apostado al futuro de esta ciudad y de su gente; esto lo quiero mostrar a partir de tres rasgos fundamentales: uno que tiene que ver con toda la dinámica económica de nuestra ciudad; otro, con las necesidades de formación de los ciudadanos de Medellín y, uno más, relacionado con lo más importante en términos de lo educativo, la transformación de la persona y de la sociedad.

Quiero comenzar diciendo, en ese horizonte, que en 1944 Medellín estaba viviendo una de sus reconversiones económicas hacia una ciudad industrializada y, en medio de toda esa industrialización, la creación de fábricas, industrias y nuevas tecnologías. Para esa época llegaban también a la ciudad muchas personas en busca de trabajo y las empresas estaban abriendo nuevos turnos laborales; habían pasado de un solo turno a dos y, posteriormente, a tres. La pregunta era: ¿cómo vamos a formar a la gente cualificada para que pueda atender las necesidades de esta reconversión industrial y de esta reorganización empresarial? Muy sabiamente, el Concejo de la ciudad en ese momento decide crear el Instituto Obrero Municipal y le entrega una tarea fundamental: el adelanto intelectual de la clase obrera. El Concejo estaba bien enfocado en lo que la ciudad necesitaba en términos de futuro. Ya las riendas de lo económico estaban puestas. Ahora, sobre la formación y las necesidades sociales había que intervenir. Y como no

había una institución que estuviera haciendo eso, se crea, entonces, el instituto.

Así sucesivamente, a lo largo del tiempo, fueron distintas reconversiones. En el año 1991, a partir de la nueva Constitución –o, más bien, de la propuesta de país que hace la Constitución– y de las nuevas necesidades económicas de la ciudad, ya no puestas en la industria, sino en los servicios, el ITM también aparece como una respuesta de futuro a esa reconversión. El mismo Concejo de la ciudad, el 18 de septiembre de 1991, autoriza al alcalde para que haga una transformación de lo que en ese momento se llamaba el Instituto Popular de Cultura (IPC) para que se convirtiera en el ITM, una institución dedicada a la educación superior.

En los escritos del doctor Agustín leí que ya, de alguna manera, la visión del Concejo y del IPC era que el tema de la formación en artes, en oficios y la capacitación técnica no era realmente lo que estaba necesitando la ciudad o lo que iba a necesitar en el futuro. Ya ese tema se estaba agotando. Era necesario pensar en lo que la Constitución otorgaba a la educación en términos de la educación superior, de la autonomía de las instituciones y de los nuevos programas que allí se estaban ofreciendo. Se crea, entonces, el ITM y comienza una historia importante para nosotros.

Hoy la transformación económica gira hacia otros lados; la economía es del conocimiento, dominada por la tecnología, y ahí está nuevamente el ITM pensando en el futuro de Medellín y acompañándola en esa reconversión. Estamos trabajando, precisamente, en áreas en las que las apuestas de futuro, como el Valle del Software y la cuarta revolución industrial, están puestas en la ciudad. Si esta va a cambiar, el ITM se mueve con ella, se transforma con ella y se acompasa también con las dinámicas económicas. Desde allí estamos ejerciendo la formación que la ciudad

va a necesitar en el futuro y con la cual nuestros ciudadanos van a poder desempeñarse en cualquier área.

Pero también, en ese sentido, se opera una transformación de lo educativo que está puesta en las necesidades de formación. La pregunta en 1944 era: ¿qué necesita un ciudadano en términos de formación para la ciudad del futuro? La misma pregunta se la hicieron en 1991: ¿cuáles son las apuestas de formación, entonces, para lo que la ciudad necesita? Y comenzó el ITM a ofrecer los programas tecnológicos. Ya no se trataba de programas técnicos, programas de media técnica, capacitaciones complementarias, programas de artes y oficios como hasta ese momento se venían gestando; era la formación en educación superior lo que estaban demandando la nueva empresa y la nueva economía de servicios. El ITM, entonces, hace esa transformación y acompaña a la ciudad en ella, y empieza a ofrecer los programas que tal vez otras instituciones no estaban ofreciendo en el momento: programas técnicos y programas tecnológicos muy importantes, supliendo así unas necesidades específicas, pero también garantizando calidad y oportunidad en la formación.

Hoy todos podemos reconocer que no solo por pandemia, sino por las dinámicas mismas de la educación superior en el mundo, hay que hacer transformaciones. ¿Qué necesitan, entonces, en términos de formación esta ciudad y estos ciudadanos? El ITM lo está pensando no solamente en cuanto a la educación superior, sino con respecto a la articulación que esta debe tener con los niveles anteriores, con otras modalidades y, desde allí, poder ofrecer todo un ecosistema de formación para que todos los ciudadanos puedan tener la oportunidad de la que tanto se ha hablado en nuestra institución desde su creación, una oportunidad de formación que en otros lugares no se les ha podido brindar. Hoy tenemos apuestas importantes tanto en educación para

el trabajo y el desarrollo humano como en programas de certificaciones o programas cortos que llamamos de talento especializado. Les hemos apostado a programas de registro único, en modalidad dual. Estamos trabajando fuertemente en programas que articulan todo el Marco Nacional de Cualificaciones; cuando este apenas está empezando a moverse en el país, el ITM ya ha desarrollado propuestas y comenzará a ejecutarlas rápidamente. Eso es pensar y acompañar las dinámicas de futuro y las necesidades de una sociedad como la nuestra.

Medellín se ve como Valle del Software. Medellín necesita formar a los ciudadanos en términos de cuarta revolución industrial y todas las áreas que allí estén involucradas, de economías creativas y culturales, y otras apuestas que desde el Distrito de Ciencia, Tecnología e Innovación van a comenzar a operarse y que también tenemos que acompañar. En ese sentido, el ejercicio de la investigación del ITM ha sido contundente. Nuestros grupos de investigación, semilleros e investigadores han respondido cabalmente y con calidad a aquello que la ciudad necesita y hemos garantizado, entonces, que ese futuro pueda ser posible.

La misión de la educación no es otra distinta sino la formación del hombre y del ciudadano; eso el ITM lo ha entendido siempre. Cuando en 1944 el Acuerdo del Concejo Municipal decía que hay que trabajar por el adelanto intelectual de la clase obrera, estaba pensando en la formación de un profesional de la época, de un ciudadano que necesitaba Medellín. Ahí ha estado el ITM trabajando oportunamente y de manera continua durante todos estos años. En 1991, con el nuevo Acuerdo, ratificamos precisamente eso: acompañar a la ciudad en la formación de ciudadanos, decir que nuestra formación no es solamente lo tecnológico, sino que formamos, primero, hombres íntegros; segundo, ciudadanos cabales; y, en tercer lugar,

profesionales competentes que puedan rendirle a la ciudad. Y estamos donde otros no han podido estar y otros no han podido llegar. Por eso, nuestra oferta en 1991 era para 739 personas –según los registros– y hoy supera los 26 000 estudiantes; así, el número de egresados es significativo y ha permitido la transformación de nuestra ciudad en muchos sentidos: no solo en lo productivo, sino también en lo social. En eso los hemos acompañado como responsables de esta ciudad.

Hoy podemos decir, con tranquilidad, que después de 30 años y grandes logros que reconocemos del ITM –hitos que nos constituyen como institución–, estamos haciendo lo que nos corresponde, brindando la educación que tenemos que entregar y lo hacemos porque estamos convencidos de una cosa: sin educación no puede haber democracia y sin democracia el futuro es incierto.

Por eso, gracias a todos ustedes que han acompañado este proceso, que lo han construido desde su respectivo lugar y que han hecho parte, con amor, de esta historia de futuro que es la misma historia de Medellín.

Medellín, 17 de septiembre de 2021
Campus Robledo, ITM

2

Discurso de la ceremonia de graduación de estudiantes del ITM

Apreciados graduandos:

Tenerlos aquí en nuestra casa de formación, nuestra *alma mater*, nos llena de alegría y de emoción. Vivir esta ceremonia de manera presencial con ustedes es algo excepcional para nosotros. Durante un año y medio de pandemia no tuvimos una ceremonia como esta en el ITM. Hoy hemos tenido la oportunidad de realizarla junto con ustedes y, de verdad, se siente distinto por el calor humano y la energía que transmiten ustedes como graduandos.

De antemano, felicitaciones. Un saludo muy especial para sus familias y amigos que nos están acompañando desde sus casas de manera remota. Desafortunadamente, no nos podían acompañar hoy por temas de bioseguridad, en primer lugar y, en segundo lugar, porque el lugar habitual para nuestras citas de graduación está adaptado como un centro de vacunación masiva para la ciudad de Medellín.

El Centro Cultural del ITM lo hemos ofrecido para que miles de personas, más o menos 1200 cada día, pasen por nuestra institución y se vacunen. Eso demuestra que no solamente somos una institución de educación, sino también un proyecto social que se compromete con las dinámicas de país, de sociedad, con la vida y con la salud de todos.

A las familias, gracias por estar hoy con cada uno de estos graduandos, porque el logro que están consiguiendo

no es solamente fruto de su disciplina y de su tesón, sino que también hace parte de ese acompañamiento, siempre sincero, que ustedes han mantenido para ellos. Muchas gracias.

También, un agradecimiento a quienes nos acompañan como autoridades académicas en este acto solemne de graduación: al señor vicerrector, al decano de la facultad a la que pertenecen estos programas que hoy estamos graduando y al secretario general de la institución. Por supuesto, también a los profesores y jefes de departamento que han permitido que ustedes, apreciados graduandos, desarrollaran las competencias que estamos certificando por medio de esta titulación.

Un saludo también a quienes han participado en la logística de estas ceremonias de graduación. Son más de 1300 graduados hoy en cinco ceremonias; esta es la última de ellas. Hemos tenido un equipo dispuesto desde días atrás preparando todo esto para ustedes, para que fuera especial, para que se sintieran bien, para que recibieran de parte de su institución no una despedida, sino una acogida muy especial en el momento más especial de su vida, quizás hasta ahora, que es el momento de la graduación.

Así que, bienvenidos de nuevo al ITM, bienvenidos al reencuentro con sus compañeros. Nos sentimos orgullosos de lo que está pasando hoy. Quiero agradecerles también, queridos graduandos, que hayan elegido al ITM como su casa de formación. Esta ceremonia ratifica el compromiso que adquirimos años atrás con ustedes para formarlos bien, no solo como profesionales, sino también como seres humanos integrales para que hoy reciban su título y puedan prestar un servicio profesional de calidad y de excelencia.

Nos hemos comprometido con ustedes a brindarles una formación integral, que no solamente se ocupe de lo profesional, sino que vaya mucho más allá; por eso, en cada

uno de ustedes queda desde hoy la impronta de los valores y de la cultura ITM que empieza a irradiarse por la ciudad y por todo el país gracias a su acción profesional.

En un momento vamos a prestar el juramento, momento culmen de la ceremonia de graduación y de este acto académico. Mediante este, ustedes prometen ante la sociedad cumplir cabalmente con su ejercicio profesional. Ustedes van a jurar cumplir con ética, con eficiencia y con lealtad su labor profesional. Y eso significa que ustedes van a respetar, precisamente, la dignidad profesional como un servicio que se presta a los otros, que necesita la sociedad y que se satisface con cada una de sus acciones.

Si bien es cierto que ser profesional hace parte de un proyecto de vida personal, hay que decir también que ese proyecto de vida no sería viable y no sería posible si la sociedad no tuviera la necesidad de personas especializadas, con conocimientos técnicos, pero también con valores que pudieran prestar los servicios y satisfacer las necesidades o las problemáticas de esta.

Hoy, lo que más se evidencia y se requiere por parte de las organizaciones, en términos de un buen profesional, no son necesariamente los conocimientos técnicos que, por supuesto, desde el ITM hemos formado en ustedes por intermedio de los excelentes profesores e investigadores que han tenido y con los que han participado en proyectos, semilleros y grupos en los que han desarrollado las competencias necesarias para hoy ser tecnólogos en Costos y Presupuestos o ingenieros financieros. Eso lo sabemos. Pero las empresas van a demandar de ustedes otras competencias, que algunos llaman competencias blandas, pero que, por supuesto, no lo son. Son precisamente las capacidades fundamentales del ser humano y que permiten que desarrollemos una vida con sentido y una vida social que busque, ante todo, el bien común.

Eso es lo que ustedes van a prometer ahora por medio del juramento: ser eficientes en su profesión. Y esto también significa ponerle ética y valores a cada una de sus acciones; mucho más en esta profesión, en estas profesiones en las que ustedes van a manejar finanzas, presupuestos, dinero que no es el propio, que es el de otros. No necesitamos más profesionales corruptos o mediocres; esos profesionales de los que nos hemos quejado toda la vida en la sociedad y que han llevado a cometer errores gravísimos en las organizaciones. El ITM está graduando hoy un profesional cabal, íntegro, ético, con conocimientos científicos y técnicos que le permiten desarrollar muy bien su trabajo.

Cada uno de ustedes va a jurar enseguida y va a prometerle a la sociedad ser ese profesional que está esbozado en la misión y en el proyecto educativo de nuestra institución. Eso es lo que les hemos legado. Su compromiso depende ahora, entonces, de la disciplina y de la voluntad que ustedes tengan como profesionales.

Quiero dejarles ahí ese mensaje. Es un mensaje porque ahora ustedes van a experimentar una alegría inmensa cuando reciban el título, pero piensen durante el juramento en todo el compromiso que viene detrás de ese cartón y esa acta de grado que hoy están recibiendo.

Lleven siempre este sello, este escudo del ITM como propio. Eso los va a representar muy bien, pero también quiere decir que ustedes son nuestra cara ante la sociedad. Cuando decimos que somos una gran institución lo decimos, precisamente, por la buena acción profesional de todos ustedes.

A partir de ese juramento ustedes dejarán de ser estudiantes ITM y se convertirán en egresados y profesionales ITM. Que el peso de este escudo, de este sello institucional, perdure siempre en su desarrollo profesional.

Muchos éxitos a todos en lo que sigue de su vida.
Felicitaciones, de nuevo, por esta nueva meta que hoy están
consiguiendo.

Muchas gracias.

Medellín, 31 de agosto de 2021
Campus Fraternidad, ITM



Foto: archivo ITM.



Foto: archivo ITM.



Foto: archivo ITM.

Memoria

Las fuentes tipográficas utilizadas empleadas son **Georgia Normal** 10 puntos, para texto corrido, para títulos **Helvetica Bold** a 12 puntos y subtítulos **Helvetica Bold** a 10 puntos
Medellín - Colombia



Campus Robledo: Calle 75 No. 75-101, sector Pilarica ► Teléfono: 440 5100 /
Ext. 5382 Medellín ▪ Colombia ► fondoeditorial@itm.edu.co ► www.itm.edu.co